

ct

Dormir y callar

en *Ni tristes ni tigres*

de

Esther Garboni

(fragmento en castellano)

Destello I

En el oscuro y húmedo sótano de una antigua casa colonial, la bella Tobías, maquillada y peinada de gala, vestida de etiqueta, con traje de noche, altos tacones, llamativo tocado y perfumada por demás; despierta de un indefinido letargo en el astillado suelo de madera, como quien vuelve a la vida, sin entender qué ha pasado. Se toca la cabeza, de la que se le ha caído alguna que otra extensión de pelo, sin percatarse de que tiene sangre seca en la frente. Busca en el suelo alguna horquilla huérfana y vuelve a colocarse un par de ellas en el que se vislumbra fuera un historiado moño del que, por supuesto, ya no quedan ni vestigios. Trastornada aún, deambula por la estancia tratando de reconstruir los últimos acontecimientos que la han llevado hasta allí. Se recompone el vestido y el tocado ingenuamente, como la que va a salir del baño de señoras de nuevo a la fiesta. Pone foco por primera vez en su entorno, del suelo al techo, de izquierda a derecha, y no lo identifica. Parece un animalillo al que le hubieran cambiado de jaula.

BELLA TOBÍAS

Y esa es la razón... por la que jamás... jamás olvido una cara.

(En una de sus vueltas por la estancia a oscuras, encuentra su bolso de fiesta en una esquina junto a un orinal y un sucio colchón sin sábanas que yace en el suelo y se acerca a recuperarlo. Busca su teléfono, pero lo que saca en su defecto es un espejo, también un lápiz de ojos y una barra de labios y monedas y una compresa y un chicle y un mechero y un peine y unas llaves y otras pequeñas amenities de hotel... Respira hondo, queriendo llenar de aire la conciencia, pero se da cuenta de que no es ninguna broma de cámara oculta. Empieza a entender la situación.)

Yo estaba en la boda... Sonaba la orquesta con una de Shakira. Iba la novia a lanzar el ramo... Eso lo recuerdo... La madrina borracha, el niño con la pelotita de goma, el amigo del novio besándose con Sarah en el baño... Sujétame la copa, me dijo, que ahora vuelvo... Y yo, haciéndome una foto con la cuñada del novio, mientras esperaba la cola para mirarme en el espejo... Todo eso lo recuerdo... Pero después... Después ese tipo... Ese tipo... ¿Cómo dijo que se llamaba? ¿Richard? ¿Gerald? ¿Ronald? ¿Bill? El nombre de un presidente era... ¡Putos yankis! ¡Fíate tú de los rubitos de ojos claros con cara de bueno! “¿Te provoca un trago? Do you like a drink?” Eso dijo. ¡Agg! ¡Y cómo me gusta ese acento! Yo le contesté que sí y le hablé de la razón por la que nunca olvido una cara. Entonces él me trajo un bourbon que no me terminé, porque... Porque... ¡¡Su fucking madre!! ¡En cuanto salga de aquí, me vuelvo a España!

Enciende el mechero y comienza a dar vueltas por el sótano como un ratón enjaulado, examinando cada oscuro rincón y husmeando ansiosa, hasta que encuentra la puerta. ¡Cerrada por fuera! Trata de forzar la cerradura con todo lo que tiene a mano, que no es mucho, pero es un esfuerzo inútil. Blasfema. Blasfema en varios idiomas. Algunos inventados. Quisiera llorar, pero no puede. No es, en realidad, la primera vez que se siente atrapada, humillada, ultrajada. Una intensa

presión se le agarra al pecho. Es la rabia. Coge una silla de hierro que a tientas localiza arrumbada en una esquina, y, con todas sus fuerzas, golpea la puerta una y otra vez para abrirla, pero en uno de los bruscos movimientos, se hace daño en la muñeca y al fin consigue llorar.

Esto no me puede estar pasando. Despiértate...

(Se abofetea.)

¡Despierta!

Entonces, iluminada por una repentina idea, trata de despertar de esta pesadilla, concentrándose como en una de esas sesiones de hipnosis que ha visto alguna vez en las verbenas de su pueblo, en las que el ilusionista, sin más medios que su sugestiva voz, conseguía que un voluntario del público mordiera una cebolla pensando que se trataba de una manzana dulce o que cantara el himno del equipo rival. Cierra los ojos y, a falta de hipnotizador, trata de sugestionarse ella sola.

Respira y expande tu mente... Toma aire, todo está en calma... Concéntrate ahora en tus manos... Te pesan los brazos... También tus piernas son pesadas... Centra ahora la atención en la punta de los dedos de tus pies... Siéntete tranquila...

Res-piii-raaa...

A la de tres, abrirás los ojos y despertarás de este profundo sueño. Un, dos, tres... ¡Despierta!

(Abre los ojos y sigue estando en el mismo lugar. Lo vuelve a intentar.)

Un, dos, tres... ¡Despierta!

(En vano)

Un, dos, tres, cuatro, cinco. ¡Despierta! ¿Todavía no?

(¿Quizás contando hasta diez?, se está preguntando en silencio con todo su cuerpo en un último y desesperado intento por convertir en pesadilla lo que empieza a constatar como real. Vuelve a cerrar los ojos, esta vez con menos esperanza y mayor angustia.)

Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...

(Y se hace la oscuridad)

Destello II

El sonido de un largo tren que pasa cercano sacude los cimientos de este sótano que, a oscuras, no permite a la bella Tobías saber cuándo es de noche o de día es, de manera que no puede calcular cuánto tiempo ha pasado. ¿Un día? ¿Tal vez dos? Terca como una niña pequeña, está atravesando ahora la segunda fase de un duelo: navega de la negación a la ira. A su precioso traje de gala se le han caído más de una lentejuela, nada queda del brillo que se intuye tuvo su cuidado aspecto. Y al mechero, que ahora está encendiendo y apagando en un gesto agónico de desesperación, le queda poco gas...

BELLA TOBÍAS

¡Hola! ¿Alguien me escucha? ¡Eh! ¡Si esto es una broma de las amigas de la novia, decidles que dejen ya de reírse, que la despedida de soltera fue la semana pasada y se está haciendo un poco larga, que la novia ya está casada, así que exijo que me saquen de aquí! ¡Se acabó, ya no hace gracia!

¡Sacadme de aquí, venga, que estoy aburrida!

¡Sacadme de aquí y me río yo también!

No sé qué clase de broma es esta. Encerrarme en un sótano... ¿A qué mente psicópata se le ocurre una idea así?

¡Y si no es una broma de esas zorras, dejadme salir igual!! ¡No sé si sabréis que mucha gente estará preocupada por mí...! ¡Y que habéis arruinado una boda! Ahora seguro que soy más protagonista que la novia. ¡Eso está bonito?!

¡Venga! Abridme ya, tengo que salir de aquí lo antes posible y decirles a todos que estoy bien.

¡Abrid la puerta ya o devolvedme mi móvil!

¿Me dais mi móvil ya? Necesito mi móvil. Mi móvil... por favor...

¡Quiero mi móvil! ¡Devolvedme mi móvil! ¡Mi moooooóviiiiil!!

¡Quiero mi móvil! ¡Quiero mi móvil! ¡Quiero mi puto móvil!

¡Dadme ya mi móvil, cabrones! ¡Dadme mi móvil o...!

(Busca inútilmente algo que romper.)

¡De lo contrario...!

(Busca inútilmente algo que quemar.)

¡Porque si no...!

(Busca inútilmente un punto débil.)

O...

(Suenan, de nuevo, un tren. Ante la impotencia, deja de gritar y se derrumba en el suelo rabiosa, donde patatea hasta cansarse.)

Destello III

La bella Tobías está sentada en el suelo, hecha un ovillo, abrazando sus piernas mientras se mece, aún no puede creer lo que le está pasando y no acepta su nueva condición. Repentinamente, tras un seco golpe, alguien abre la puerta y, después de encender la tenue luz la bombilla del sótano, lanza una manta que ella recoge con estupor. De inmediato, vuelve a cerrarse la puerta a cal y canto. Por el umbral atraviesan luces y sombras que indican presencia al otro lado.

BELLA TOBÍAS

¡Eh! ¡¡Eh!! ¡¡¡Eh!!!

¡Tuuú! ¡Esperaaa!

(Aunque la puerta está cerrada, puede apreciarse que la luz del otro lado sigue encendida. Hay, al fin, vida tras la puerta. Hay esperanza. La Bella Tobías ha reconocido a la persona que la tiene secuestrada. Tiene que encontrar una estrategia para que la saque de ahí y para ello tiene que conseguir que no se marche.)

¿Quién eres? Quiero decir, ¿quién eres en realidad? ¿El nombre con el que te presentaste en la boda es el tuyo? ¿Cómo conseguiste traerme hasta aquí? ¿Me echaste algo en la bebida? ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

(Silencio.)

¿Estás solo? ¿Quién más está contigo? ¿Cuántos sois?

(Silencio.)

¿Por qué yo? Nadie que conozca y me aprecie podría pagar un rescate. Valgo poco. ¿Qué queréis?

(Silencio.)

Yo no tengo nada que merezca la pena. Mi riñón y mis pulmones son de saldo. He bebido mucho, ¿sabéis? ¡Y soy fumadora! Muy fumadora. ¡Desde los nueve años! ¡O antes! Del corazón tampoco ando muy buena. ¡Noventa y nueve pulsaciones en reposo! ¡O más! Nunca he hecho deporte. Y si son mis ojos lo que queréis, en mi familia todos acabaron teniendo cataratas. Estáis perdiendo el tiempo conmigo, en serio. ¡Ni para la ciencia sirve mi cuerpo! ¿Para qué me habéis cogido entonces?

(Silencio.)

¿No me vas a contestar?

(Silencio.)

Para trata de blanca tampoco sirvo, os lo aclaro... En el banquete había muchas tías más jóvenes y con más tetas que yo...

(Silencio.)

Yo no doy el perfil de secuestrada...

(Silencio.)

Entra, por favor, y mírame bien, que creo yo que os habéis equivocado de persona...

(Silencio.)

¿Me estás escuchando?

(Silencio.)

¿Sigues ahí?

(Se oye un menudo rascar, propio de roedores.)

¡¿Qué es eso?! ¿Has oído ese ruido? ¡Escucha!

(Vuelve a sonar.)

Si no lo estás haciendo tú, creo que hay ratas. ¡Ratas! No me gustan las ratas. Nada. No me gustan ni las ratas ni las cucarachas. Traen enfermedades. Son las portadoras de la rabia... ¿Lo sabías? Si no me vais a dejar salir de aquí, al menos, matadlas antes de que ellas nos maten a nosotros.

(Silencio.)

¡¡O déjame matarlas a mí, por lo que más quieras!! ¡Tráeme una pala! ¡O un martillo! ¡O una pistola!

¡¡Eso!! ¡Dadme una pistola! ¡O un rifle! Estamos en U.S.A, seguro que tienes alguno que me puedas prestar... ¡Dame un rifle y yo mismo me encargo!

(Silencio.)

Y dime algo...

(Silencio.)

Háblame o me volveré loca.

(Silencio.)

¿Cuánto tiempo puede aguantar en silencio una persona sin perder la cabeza?

(Silencio.)

El silencio es una tortura.

(Silencio.)

¿No dices nada?

(Silencio.)

¿Nada?

(Silencio.)

Todo en mi vida igual...